



Andrés Tornos en Perú.

## **IN MEMORIAM ANDRÉS TORNOS (1927-2019)**

**S**É que a muchos de los que tratamos con Andrés Tornos, ya fuera por motivos profesionales o por amistad, nos gustaría evocar «algo de lo vivido con él». Me he decidido a expresar «algo», así, entre comillas, porque no son más que retazos de lo que él fue y que nuestra amistad me permitió compartir.

Quiero empezar por algo que nos ha unido a todos, familia, compañeros, amigos: el cariño, el aprecio, la estima, el amor por Andrés. Tomo prestadas unas palabras de Rainer Maria Rilke:

*El amor de un ser humano por otro es posiblemente la prueba más difícil para cada uno de nosotros. Es el más alto testimonio de nosotros mismos, la prueba suprema para la cual, todo lo demás no son sino preparativos.*

Se nos ha dado la experiencia del testimonio del «sí mismo» de Andrés, del «nosotros mismos» en interacción con él. Hemos vivido, compartido, afinado nuestras personas en el contacto con él, pero también fuimos testigos de cómo él fue afinando su persona en contacto con cada uno de nosotros, inmerso en las realidades plurales que le tocó vivir. Hemos asistido a esa configuración peculiar de su ser natural y personal que le hacía ser él mismo y que permaneció hasta el final.

El día 24 de julio, a las 11.45 de la noche, cuando me comunicaron su muerte, mi primer sentimiento fue de una profunda alegría al experimentar que Andrés entraba o estaba ya en su Plenitud. Me lo imaginaba en el «más allá», tema que él estudió ampliamente y sobre el que dialogamos con frecuencia en la residencia de Alcalá estos últimos años, cuando la realidad de la muerte le tocaba más de cerca. Me lo imaginaba en esa metáfora «de ver a Dios cara a cara», comprendiendo esta metáfora como lo hacemos en castellano, cuando dos personas «se están viendo constantemente» y entre ellas el trato es corriente y familiar. Me lo imagino viviendo en la cercanía familiar de Dios, como en el ámbito mismo del vivir de Él. Hoy en día se nos ha hecho más lejano «lo de Dios» —tal como él lo denominaba—, pero en su trayectoria de vida (intelectual y de praxis) comprobamos que este fue uno de sus ejes vertebradores. Constatamos su estilo de compromiso, en gran parte reconocido por él mismo como en la corriente de formación que había recibido de la Compañía

de Jesús, un estilo de responsabilidades intelectuales y responsabilidades de la fe, compartidas y explicitadas. Porque lo que llevó a Andrés a su serio compromiso intelectual y de fe fue el contacto con personas comprometidas. Tenía unas convicciones profundas y colaboró imaginando, creando escenarios y trayectorias en que se encarnara lo que decían estas convicciones (en Filosofía, en Teología, en Psicología, en el ámbito de las migraciones).

En una ocasión me compartió que muchas veces se había vivido a sí mismo en la tarea intelectual como «un mercader o un viajante de comercio», desplazándose a tierras muy lejanas para traer los bienes más preciados. Algunas de estas tierras eran tierras exóticas, con una configuración de sus mercados como un laberinto infinito colmado de objetos bellos, antigüedades valiosas, coloridas telas, alhajas, lámparas, recuerdos... Él se sentía haciendo un esfuerzo al adentrarse en esas tierras para traerlas a su contexto y ofrecerlas, regalarlas, venderlas a los demás. Eran bienes preciados que podían hacer crecer, llenar de luz a quienes los recibían, o —como él decía— «es necesario saber pensar, no basta solo vivir, sino aclararnos en lo que nos es oscuro, descubrir caminos donde no vemos sino campos». En este roturar caminos nuevos estaba especialmente dotado para pensar la complejidad, para el sentir hondo, para el sentir fiel, para el aunar audacias. Tenía una peculiar manera de hacer mundos o de atravesarlos. No le gustaban las superficialidades, los posturos, la gente que no caminaba sobre sus pies. En muchos casos, su forma de aproximación y de reacción a esto era argumentar su personal diseño o, en otros, en realidades de inercia más pesada, transgrediendo por sorpresa algunas complicidades manifiestas: siempre planteando con ello alguna pregunta inquietante o bien sellando a las claras su distanciamiento personal.

Voy a valerme de esta metáfora del «mercader», con la carga épica que tiene, para destacar algunos aspectos de lo que considero son «algo de su persona y de su legado». Andrés, como los antiguos mercaderes, realizó una función social muy cotidiana, próxima y básica: la del suministro y abastecimiento a la población de productos de primera necesidad, pero también la de búsqueda de productos extraordinarios, cosas valiosas que ofrecer a la gente y mediante las cuales generar relaciones sociales abiertas.

El arquetipo de *mercader o vendedor viajero* que encarnó Andrés era el de un trabajador que viaja de manera regular, con conocimiento de causa y nunca a la aventura, por eso reiteraba sus *visitas comerciales* a determinados temas y colectivos. En esa faceta jugaban gran importancia las diferentes rutas y las cualidades del mercader como la flexibilidad, la creatividad y la resistencia ante las inclemencias del tiempo (fracasos de las ventas) y su certeza de que las cosas funcionarán al final.

De lo mucho vivido, a continuación quería referir tres aspectos que para mí, son legado.

*Elogio de la cotidianidad o el misterio de lo cotidiano.* Tema integrado en su amplia reflexión sobre Teología y cultura. Gran parte de este tema no solo se ha recogido en sus libros *Enculturación. Teología y método* (2001) y en su *Cuando hoy vivimos la fe: Teología para tiempos difíciles* (1995), sino que se ha expuesto en artículos de entre otras, las revistas *Miscelánea Comillas* o *Diálogo Filosófico, Estudios Eclesiásticos y Pensamiento*<sup>1</sup>. En concreto, quiero destacar uno de sus

---

<sup>1</sup> Desde 1962, publicó Andrés Tornos en *Pensamiento* varios artículos sobre diferentes pensadores como Unamuno, Kierkegaard o Wittgenstein y sobre temas relacionados con la antropología filosófica, la psicología, la religión y el humanismo.

trabajos: *Vida cotidiana: campo de evangelización*<sup>2</sup>. Le escuché decir que era el que más le gustaba y, justamente el día de su 92 cumpleaños, volvimos sobre él, celebrándolo mediante la lectura del reciente libro *El Misterio en lo Cotidiano* de Xavier Quinzà<sup>3</sup>, que, educado en la escuela de Tornos, retoma ideas de su enfoque. Pienso que en su trabajo sobre la *Vida Cotidiana*, Andrés expresó con claridad lo que había pretendido hacer con sus investigaciones en este campo. Se trataría de realizar lecturas significativas de lo de Dios que permitan transmitir «a grupos o desde grupos experiencias fundantes de la esperanza del evangelio»<sup>4</sup>. Esperanza... no ilustración ni conocimientos. Desarrolla una filosofía de la Proximidad y la Esperanza. Señalaba «atendamos a la dimensión de la vida cotidiana, a lo que se refiere a lo corriente y hasta rutinario de nuestra vida diaria»<sup>5</sup>. La filosofía de la proximidad puede ser una respuesta al nihilismo que hoy vivimos. El nihilismo no es sólo el nihilismo de la nada (o del vacío), sino, igualmente, el nihilismo de lo mismo (de una realidad que es toda igual). Este es hoy uno de los interrogantes que nos está planteando la era de la tecnología y la matematización de la cultura. Tornos insistía mucho en la no homogeneización de la realidad, en las «definiciones de realidad» presentes pre-reflexivamente en nuestra vida cotidiana, «esa zona de nuestra mente donde se esconden los recursos mediante los cuales accedemos al pensar y sentir», así como al «misterio que entraña lo cotidiano». Situarlos en el misterio de lo cotidiano es dar prioridad al plano de los otros, hablar un lenguaje que no es el nuestro. Y eso supone soportar «una pérdida de suelo», porque nos obliga a «pensar desde donde uno no está». Un talante existencial e intelectual abierto a la percepción de otras personas y de otras cosas, abierto a la percepción de otras preguntas que no son las nuestras. Abierto, también, a la identificación de la forma, donde hoy parece dominar la no forma, la homogenización en un mundo de mercado globalizado.

*Epistemología del sentir*. Es un tema que —por mi trayectoria profesional— he reflexionado ampliamente, ligado a la construcción del conocimiento matemático o a cuestiones que nos plantea la inteligencia artificial y la matematización de la cultura. Cuando me acerco a él desde la contribución de Andrés y con la perspectiva histórica de la evolución de las ciencias me parece muy significativa la contribución que él hizo sobre la reflexión de la generación del 98, en particular en Unamuno y Antonio Machado<sup>6</sup>. Se trata de una postura epistemológica que no acepta el monopolio de la razón pensante, que considera el discurso social de la vida corriente, la otredad respecto a uno mismo y de su propia razón. Comentando a los citados autores, Andrés señala con este concepto el modo de plantear la cuestión del prójimo, la cuestión de la bondad para con el prójimo y la cuestión de Dios: «esta vivencia de la otredad les enseña, ya en el mismo analizar la razón de

<sup>2</sup> TORNOS, A., «La vida Cotidiana, campo de evangelización», en: *Cuando hoy vivimos la fe. Teología para tiempos difíciles*. Ed. San Pablo, Madrid, 1995, pp. 295-310.

<sup>3</sup> QUINZÀ, X., *El misterio de lo cotidiano. Mensajes de un naufragio inquieto*, Vida Nueva, 2019

<sup>4</sup> TORNOS, A., *Cuando hoy vivimos la fe. Teología para tiempos difíciles*. Ed. San Pablo, Madrid, 1995, p. 310.

<sup>5</sup> *Ibid.* p. 293

<sup>6</sup> Véase por ejemplo TORNOS, A., «Razón francesa y razón de la locura. La cuestión de Dios en Unamuno y Antonio Machado» en: *Miscelánea Comillas*, (Ejemplar dedicado en homenaje a Andrés Tornos) 55, (1997) 417-437.

sus razones, a reconocer su razón como razón gestada en la historia y vida de los anhelos de vida de infinitos otros»<sup>7</sup>; «Toda revelación en el espíritu humano —si se entiende por espíritu humano la facultad intelectual— es revelación de *lo otro*, de lo esencialmente otro... Desde este punto de vista, Dios puede ser la alteridad trascendente a que todos miramos»<sup>8</sup>. Enfatiza, que en el lenguaje, realidad social entretejida de significaciones de unos y de otros, siempre hay una mayor sabiduría que la que suele guiar a los hombres y mujeres solos en sí mismos. Así como señala las articulaciones del sí mismo (conocimiento, memoria, sentimiento, esperanza...) que dan lugar a una hermenéutica del sentido de la vida, a un intento de comprensión del trasfondo de la existencia humana. Cada vez nos hacemos más de otros cuanto más nos hacemos nosotros mismos.

*Tiempo, Gracia y Esperanza*. Son sustantivos que marcaron un estilo personal y la espiritualidad que alimentó a Andrés. Hay rastro de ellos en varios de los ensayos de su libro *Cuando hoy vivimos la fe*, particularmente los que plantean la gracia y la esperanza. Expresión de sus convicciones y de su forma de vivir, fundada en el deseo de seguir, infatigablemente y en libertad, a ese Espíritu que sopla donde quiere y como quiere. Entendía la gracia como novedad, decía que: «a los oyentes de Jesús la gracia infundía un vivir de nueva fuerza y nuevos horizontes»<sup>9</sup>. Insiste en lo gratuito, en lo que está más allá de lo imaginable. Hace una llamada al encuentro confiado, a la espera de la iniciativa de Dios. Yo encontré en Andrés un hombre de una fe enorme que inundaba todo su decir y hacer. Ello le llevó a una moral de la creatividad, de la precariedad, del estar en el mundo sin pisar un suelo estable. A «discernir y puntuar los tiempos», porque como Dios respeta, sentía él que tenía que respetar los tiempos humanos y, como humano, tenía que respetar y reconocer los tiempos de Dios.

Para finalizar, agradecidos a este «mercader» y parafraseando la lectura de la misa el día de su entierro del libro del Eclesiástico 44, 1, 10-15<sup>10</sup>, termino diciendo:

*Hagamos elogio a este hombre de bien, su esperanza no se acabó, sus bienes perduran en nosotros como descendencia, su heredad pasará a esa familia amplia que creó.*

INÉS M. GÓMEZ-CHACÓN  
Universidad Complutense de Madrid

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 430.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 431.

<sup>9</sup> Tornos, A. *Cuando hoy vivimos la fe. Teología para tiempos difíciles*. Ed. San Pablo, Madrid, 1995, p. 119.

<sup>10</sup> «Hagamos el elogio de los hombres de bien, de la serie de nuestros antepasados. Fueron hombres de bien, su esperanza no se acabó; sus bienes perduran en su descendencia, su heredad pasó de hijos a nietos.....» (Eclesiástico 44, 1, 10-15).